

# REFEÑAS

Benito Taibo



Laura González Flores,  
*Otra Revolución. Fotografías de la Ciudad de México 1910-1918, Colección Ricardo Espinosa*, con colaboración de Miguel Ángel Berumen, México, UNAM- IHH, 2010.

**1. De cómo la fotografía se volvió carne.** Como si de una sentencia bíblica se tratase, un buen día, un maravilloso día, las imágenes que hasta entonces sólo podían ser almacenadas en la memoria a través del complejo sistema del ojo humano, se volvieron menos precederas, menos fugaces, menos volátiles. Pasaron del quebradizo y poco confiable territorio del recuerdo, al más terrenal, comprensible y concreto de la fotografía.

Se hicieron de metal, de vidrio y luego de papel y luego digitales, así como de carne y hueso se hicieron los hombres a través de un delicado y largo proceso evolutivo.

La imagen pues, abandonó la zona de la añoranza y de la imaginación, y las abuelas de hoy poco pueden mentir acerca de sus guapísimos padres cuando los cabrones nietos han encontrado la foto delatora al fondo del cajón que todavía huele a jazmines, y que demuestra fehacientemente que el concepto de belleza pasa por el tamiz del cariño y suaviza los gestos adustos, las cicatrices delatorias, los ceños fruncidos; y que el padre de la abuela, no era ni por asomo el Cary Grant que ella siempre idealizó y del que presumía frente a las amigas. La fotografía vino a cumplir su papel de testigo implacable y en ocasiones, de verdugo de los sueños.

La fotografía llegó para instalarse en la vida cotidiana y también en los tiempos de la guerra, entró a las casas y a las cocinas, sirvió para delatar, para decorar, para dejar constancia, para dotar de identidad o para mentir descaradamente. La fotografía fungió como medio y como mensaje, sirvió como intermediario entre el que estaba detrás del obturador y el otro que no podía, por algún motivo, ser también testigo presencial de los desastres, los hechos planeados o fortuitos, o de las maravillas.

La fotografía vino para desnudar y poner en perspectiva algunos imaginarios colectivos, e incluso para brindar, por medio de la otra desnudez, la literal, imágenes más resistentes, más terrenales que las almacenadas en la memoria y que fueron y siguen siendo la delicia de los onanistas.

La fotografía no sólo descubrió el paisaje, sino que se volvió una parte sustantiva del paisaje. El rito que acompaña al rito. Trozos de nuestra vida, bautizos, bodas, triunfos y desgracias se quedaron ahí para la posteridad, y la posteridad, de la mano del pasmo y la sorpresa, hoy las recupera para intentar entender un tiempo que nos fue vedado por nuestra propia incapacidad matusalémica para estar presentes siempre, desde el inicio de la historia, de las historias.

Humanos somos, al fin y al cabo, que siempre pretendemos alargar el instante para convertirlo en permanente; con el fin último de trascender en el tiempo, echamos mano del fotógrafo para que ayudara con su arte, a volvernos un poco inmortales; muy quietos, con el bigote engominado, el tocado de plumas, el sable envainado, el cigarro en la boca, semidioses que aspiraban a la eternidad que no conocerán nunca jamás.

La imagen, jugó y juega por medio de la foto, como cariñosamente la llamamos, un papel crucial en la creación

de iconos, es cierto, pero también fabricó, lentamente, puentes para alcanzar la otra ribera del río de la historia; colaboró puntillosamente, y un poco sin proponérselo del todo, en la formulación de identidad, de valores grandes y solemnes con los que se construyen las patrias.

A pesar de ello, yo prefiero pensar que la foto está allí, siempre, para recordarnos de que estamos hechos, de cómo la sonrisa o el llanto son tan parecidos ayer y hoy, por más que el minuterero avance inexorablemente y quiera borrarlos de la historia.

Porque finalmente humanos, no podremos escapar a los designios de cronos y seremos polvo, pero, como se verá en la foto, espero, ojalá por lo menos podamos parecer polvo enamorado.

**2. Elogio del asombro.** Han insistido hasta el cansancio en repetirnos esa trillada frase de que “una imagen vale más que mil palabras”. No estoy del todo de acuerdo y no pretendo entrar en polémica, mucho menos entre investigadores de la imagen.

Sí así fuera, entonces me pregunto, ¿para que chingaos inventaron los pies de foto? Y me respondo a mí mismo. Querido Benito, dos puntos, los pies de foto se inventaron porque las fotografías no fueron hechas para contestar preguntas, sino para generar nuevas preguntas. Punto y aparte.

Porque de eso precisamente se trata, de hacernos todos los días nuevas, más incisivas y locas e incluso exóticas preguntas en este inmenso juego de espejos en el que estamos inmersos y que se llama cultura.

Hoy vengo a celebrar con ustedes *Otra Revolución: fotografías de la Ciudad de México, 1910-1918*, de Laura González Flores, mi amiga; un libro bello y asombroso que surge a partir de la colección esplendorosa de fotografías de Ricardo Espinosa y que está editado por la UNAM y su Instituto de Investigaciones Históricas.

De una rigurosidad académica impecable, Laura no olvida una máxima que a mí me acompaña siempre: “Sin literatura no hay historia.” Abre así el libro con la historia de la historia que está plasmada en esas fotos y la cuenta de la manera que a mí me gusta que me cuenten y que me hace, al final, hacerme más y más preguntas, cumpliendo así su cometido y su utilidad como objeto cultural y como investigación puntillosa, aguda y amorosa frente a un tiempo y unas imágenes que habrán de acompañarnos a partir de ahora, para siempre.

Odio lo que algunos pomposos editores llaman “Coffee Table Book”. Esos suntuosos, caros, inaccesibles libros hechos a cinco tintas y con papeles italianos mezclados

con resinas malayas y polvos de oro turcos que sirven, esencialmente, para adornar las mesitas de café de los viejos y nuevos ricos y que nunca son leídos. “Floreros con letras” los llama maldiciente una amiga, y tiene mucha razón. No dudo que algunos son importantes, sedudos, bellísimos ejemplos de arte, pero como no los puedo comprar, carezco de esa información.

No es el caso. De una factura sobria, cuidada, inteligente y accesible, *Otra Revolución* es no sólo un bello libro lleno de bellas fotografías, es el resultado de un concienzudo análisis y de una apasionada entrega, de una mirada penetrante que mira no sólo lo que se ve a simple vista, sino la propia mirada del fotógrafo.

En estos digitales y acelerados tiempos hemos perdido una parte vital de nuestra comprensión del mundo y lo peor, de nuestra capacidad de asombro. Imagino al fotógrafo que aparece en esta *Otra Revolución*, metido en su muy oscuro cuarto oscuro mirando estupefacto lo que va apareciendo lentamente frente a sus ojos, imagino su sonrisa cuando descubre que hay mucho más en la fotografía de lo que el vio en el momento de disparar el obturador. Imagino la sorpresa de encontrar esas sombras, esos destellos, esa mirada que lo mira retadora y que él nunca vio. Imagino el goce de ir descubriendo en los detalles, el todo de la historia que está ayudando a contar.

Y Laura también la imagina y se deleita con esa épica y esa estética y lo demuestra página tras página.

Yo no soy un investigador de la imagen, lo confieso, pero sí soy un observador de la realidad y del ensueño y comparto el gozo y el asombro que a Laura le provocan cada una de esas imágenes y por lo tanto, les conmino a que ustedes las compartan con esos ojos nuevos con los que deberíamos despertar todos los días.

No soy un nostálgico. No quiero serlo. Decía Marlene Dietrich que es un sentimiento pequeño burgués... Quién soy yo para contradecirla. Y sin embargo, cada una de las imágenes que se desmenuzan, casi entomológicamente por Laura González Flores en esta *Otra Revolución*, me producen la inminente necesidad de seguir, como ella, haciéndome preguntas. Gracias Laura por *Otra Revolución* y por tu sagaz, inteligente, lúcida mirada.

Confío en que hoy alguien tome una fotografía de esta mesa y que dentro de 100 años otros observadores, con buenos ojos y buenas intenciones, se pregunten quiénes eran esos sonrientes personajes que sólo aspiraban a un trozo de infinito.

Palabras de presentación en el Museo Archivo de la Fotografía, Ciudad de México, 3 de febrero de 2011.